

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ, HISTORIADOR DE LA CRÍTICA LITERARIA

Túa BLESA  
Universidad de Zaragoza

Cuando en 1989 se publicó la *Historia de la crítica literaria en España* de Pedro Sáinz Rodríguez se trataba de un libro que no tenía ningún precedente semejante. Independientemente de los trabajos particulares sobre algunos autores o períodos, etc., y por mucho que a algunos pueda resultar hoy sorprendente, el estudioso no tenía disponible ninguna historia de conjunto de los estudios literarios en España. Parecía, pues, que había de ser un libro fundamental, destinado a ser leídísimo y citadísimo y, sin embargo, la realidad es que es un libro que casi nunca se cita y no sé si casi ni se lee, aunque me atrevo a aventurar que casi no.

La *Historia de la crítica literaria en España* se publicó en la colección «Humanidades» de la editorial Taurus, que tenía en aquel momento un notable prestigio en el mundo cultural. Sin entrar en demasiados detalles, convendrá recordar, por ejemplo, que en los años anteriores había publicado en sus distintas colecciones «Ensayistas» y «Persiles» varios tomos de autores tan significativos y poco difundidos en España por aquel entonces como Georges Bataille –*La literatura y el mal* (1971), traducido por Lourdes Munárriz, *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte y La experiencia interior* (las dos en 1972), *El culpable seguido de El aleluya* (1974), *Teoría de la religión* (1975), en traducción siempre de Fernando Savater– o

Walter Benjamin –la serie *Iluminaciones: Imaginación y sociedad* (1971), *Poesía y capitalismo* (1972), *Tentativas sobre Brecht* (1975), o el más que curioso y extraño para la época *Haschisch* (1974), traducidos todos ellos por Jesús Aguirre–. Añádanse, entre los de autor español y de asunto literario, algunos tan valiosos como *De la Edad conflictiva* de Américo Castro (1972) o *Estudios de Poética. La obra en sí* de Fernando Lázaro Carreter (1976), y estaba además la serie de «El escritor y la crítica» con volúmenes dedicados, entre otros, a Quevedo, Clarín, Unamuno, Baroja, «El Modernismo», César Vallejo, Aleixandre, Cernuda o Borges, libros que entre los investigadores y estudiantes de aquellos años eran –y yo era uno de ellos–, sin más, fundamentales. No lo eran menos algunos otros de autores extranjeros, de los que figuraban en el catálogo trabajos tan importantes como los de Northrop Frye –*La estructura inflexible de la obra literaria* (1973), traducido por Rafael Durbán Sánchez, y *El camino crítico* (1986), en traducción de Miguel Mac-Veigh–, *Teoría y estética de la novela* de Mijaíl Bajtín (1975), en traducción de Helena S. Kriúkova y V. Cazcarra, *Retórica de la ironía* de Wayne C. Booth (1986), traducido por Juan Fernández Zulaica y Aurelio Martínez Benito, *Experiencia estética y hermenéutica literaria* de Hans Robert Jauss (1986), en versión de Jaime Siles y Ela M.<sup>a</sup> Fernández-Palacios, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* de Gérard Genette (1989) en traducción de Celia Fernández Prieto, precisamente en el mismo año que la *Historia de la crítica en España*. Con tales títulos a la vista, y se podrían añadir bastantes otros muy significativos, creo que se puede afirmar que la publicación de *Historia de la crítica literaria en España* venía rodeada de un aura de primera calidad en el campo del pensamiento y en el de los estudios literarios en particular. Un aura que le prestaban libros muy leídos, muy citados, y sin embargo su fortuna ha sido escasa.

Dicho lo anterior y dado que creo que Pedro Sáinz Rodríguez es hoy una figura no muy conocida en el campo de los estudios literarios, me permitiré dedicar algunas palabras a la cuestión biográfica, que además resultan ser pertinentes para su labor como estudioso de la literatura. Nacido en Madrid en 1898, el mismo año que Dámaso Alonso o Vicente Aleixandre, de quien fue compañero de facultad, Sáinz Rodríguez estudió Filosofía y Letras y en 1920, con tan sólo veintidós años, era ya catedrático de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Oviedo, de donde pasó a ocupar en 1924 la cátedra de Bibliología de la Universidad Central. Figura de la vida cultural de aquellos años, fue, por ejemplo, Bibliotecario del Ateneo de Madrid y formó parte del Consejo de Redacción de *La Gaceta Literaria* desde su primer número en 1927, de la que pasó a ser co-director con Ernesto Giménez Caballero en 1930.

Sus tareas de estudioso las compaginó con una intensa actividad política. Católico militante y monárquico en política, fue diputado en Cortes durante la II República, estuvo involucrado de manera muy activa en todas las conspiraciones, las de 1932 y 1936, que hubo contra la República, y fue nombrado Ministro de Educación Nacional en el primer gobierno del general Franco desde el 30 de enero de 1938 hasta el 9 de agosto de 1939, tarea en la que sucedió a José María Pemán. Hay que añadir que, terminada la guerra, se distanció del nuevo régimen, con el que mantendría una pugna durante largos años, pero hay que recordar que fue bajo su mandato cuando se promulgó la Orden ministerial de 11 de marzo de 1938, que desarrollaba otras disposiciones anteriores, algunas de las cuales tuvieron como responsable al mencionado Pemán, precepto legal por el que se regulaba el proceso de purga y depuración que destituyó a catedráticos, profesores y maestros, procedimientos que supusieron todos ellos un tajo que arruinó la cultura española. Terrible episodio este de la depuración, entre otros muchos más y más sangrantes, del que ha dado cuenta detallada, entre otros, Jaime Claret Miranda en *El atroz desmoche* (Claret Miranda, 2006)<sup>1</sup>.

A Sáinz Rodríguez se debe también la Ley de regulación de los estudios de bachillerato de 1938, inspirada en sus convicciones religiosas y políticas, por un lado, con dos cursos titulados «Historia del Imperio español» e «Historia y sentido del Imperio español» además de otros dos consistentes en «Conferencias para la formación patriótica de la juventud», y humanistas, por otro, con una más que notable presencia de la asignatura de religión y de las de latín y griego<sup>2</sup>. Todo esto y lo apuntado en el párrafo anterior contrasta con algo que Sáinz Rodríguez había escrito algunos años antes. En efecto, en su discurso de apertura del curso académico en la Universidad

1.- Pemán ejerció el cargo de Presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta Técnica del Estado, lo que fue el primer «gobierno» de los sublevados. Por otra parte, se da la circunstancia de que Sáinz Rodríguez había sido cesado como catedrático por el Gobierno de la República en agosto de 1936 (Alted Vigil, 1984: 167, n. 2; Claret Miranda, 2006: 21), en lo que fue un doble proceso de depuración, si bien en un caso se hacía desde la legitimidad republicana y, en el otro, desde la insurrección contra ella. Sobre la actuación de Sáinz Rodríguez como ministro, véanse su propio relato en *Testimonio y recuerdos* (Sáinz Rodríguez, 1978) y los trabajos citados en esta misma nota, en particular, el de Claret Miranda. Para más información sobre nuestro historiador, remito a *Pedro Sáinz Rodríguez, de la monarquía a la república* de Julio Escribano Hernández (1998) y la colección de cartas publicadas en *Epistolario de Pedro Sáinz Rodríguez: vol. I (1916-1930)* (Escribano Hernández, ed., 2007). No me resisto a reproducir las circunstancias de su cese tal y como las cuenta Julio Escribano Hernández: «Se ha comentado y se ha escrito que fue destituido por doña Carmen Polo en el fin de semana del 8-9 de abril [de 1939] nada más comprobarse los hechos, porque casualmente “La Señora” descubrió que el ministro de Educación, hombre soltero de cuarenta y dos años, solía frecuentar en el coche oficial una casa de lenocinio. En uno de sus viajes vio parado al borde de la carretera el coche del ministro, cofrade de la Buena Mesa, y pidió informes sobre el original “restaurante” donde Sáinz celebraba el final de la guerra» (Escribano Hernández, 1998: 310).

2.- En la Ley de 20 de septiembre de 1938, la religión era asignatura presente en los siete cursos de tal plan de estudios, al igual que el latín, con tres de lengua y cuatro de lengua y literatura; por su parte, el griego, con dos de lengua y dos de lengua y literatura, era materia en cuatro de los cursos. Reproduce el Plan Alicia Alted Vigil (Alted Vigil, 1984: 218).

de Oviedo en 1921-22, dedicado a «Clarín», se lee al referirse al período en que el escritor y crítico fue opositor a cátedras que

La Cátedra entonces no había alcanzado este grado de libertad ideológica que gozó después. La política intervenía en todo y el Catedrático era elegido, no exclusivamente por su competencia científica, sino teniendo muy en cuenta sus ideas filosóficas y políticas que podían perjudicar al régimen del Estado (Sáinz Rodríguez, 1962: 336).

Es eso exactamente lo que con una crudeza desorbitada habría de suceder con el llamado Alzamiento y el nuevo Estado.

Terminada la guerra y dado que se había abierto una enorme distancia entre nuestro estudioso y los nuevos gobernantes, ésta se materializó en el exilio a Estoril y la retirada del pasaporte en 1941, y fue allí un activísimo miembro del Consejo Privado de don Juan de Borbón y trabajó por la restauración de la Monarquía. El 22 de julio de 1969 Juan Carlos de Borbón fue nombrado sucesor a título de rey por las Cortes Españolas a propuesta del Jefe del Estado y ese mismo año Sáinz Rodríguez regresó a España como catedrático de la Universidad Pontificia de Comillas. Murió en Madrid en 1986. Del aprecio en que se le tenía entre filólogos, historiadores, etc., da idea la larga lista de colaboradores que contribuyeron al *Homenaje* (Homenaje, 1986) que se publicó ese mismo año en cuatro volúmenes, entre los que están algunos de los estudiosos de la literatura más relevantes del momento y no sólo españoles, sino también extranjeros, además de otros destacados investigadores en otros campos.

Por otra parte, había sido elegido miembro de la Real Academia Española en 1938, aunque no tomó posesión hasta 1979 con un discurso titulado *La siembra mística del Cardenal Cisneros y las reformas de la Iglesia*, trabajo que continuaba una de sus líneas de investigación más frecuentadas, la mística. Más interés para lo que aquí respecta es que en 1985 ingresó en la Real Academia de la Historia, para la que había sido elegido en 1940, y en esa ocasión el discurso se tituló *De la Retórica a la Historia*, trabajo que es «un esquema general» de lo que unos pocos años más tarde sería la ya mencionada *Historia de la crítica literaria en España*<sup>3</sup>.

Hay que destacar en nuestro historiador su condición de erudito y bibliófilo. Al respecto, rescataré dos anécdotas ilustrativas tomadas de su *Testimonio y recuerdos*

3.- Al reunir en 1962 una serie de trabajos en *Evolución de las ideas sobre la decadencia española* advertía en el prólogo que «tales estudios son en realidad fragmentos de mi *Historia de la Crítica literaria en España*, cuyo esquema general está trazado en mi discurso de ingreso en la Real Academia Española» (Sáinz Rodríguez, 1962: 29); tal discurso resultó ser el de ingreso en la Academia de la Historia.

(1978). Cuenta en ese volumen de memorias que teniendo muy pocos años —no precisa la fecha, pero el adjetivo que utiliza es «infantil»— uno de los primeros libros que se compró con sus ahorritos fue nada menos que el *Cancionero de Baena* y en su primera edición, libro que no parece una lectura demasiado infantil ni juvenil precisamente<sup>4</sup>. La segunda tiene que ver con su traslado de Estoril a España al dar por terminado su exilio. Según sus propias palabras, y no parece que haya motivo para dudar de ellas, el traslado de su biblioteca supuso mover catorce toneladas de libros.

Como ya ha quedado advertido, uno de sus campos de investigación fue la mística y, más en general, lo referente a la espiritualidad. En su *Historia de las ideas estéticas en España* Marcelino Menéndez Pelayo (véase Menéndez Pelayo, 1940: II, 78), guía intelectual de nuestro autor, había llamado la atención sobre lo deficientemente que estaba estudiada esa literatura, deficiencia que trataría de paliar Sáinz Rodríguez. De 1926 es el libro *Introducción a la literatura mística en España*, al que se le concedió el Premio Nacional de Literatura. Hoy, a casi un siglo de distancia, puede resultar un trabajo anticuado, pero en su momento hubo de leerse como una investigación nada vulgar. Así se lo debió parecer a Ramón Menéndez Pidal, pues en 1927 le encargó a nuestro autor la redacción de tres capítulos de la *Historia literaria*, en concreto los referentes a «El Renacimiento en España», «La literatura mística (1490-1685)» y «La crítica literaria en los siglos XIX y XX», encargo que rehusó por su dedicación a otras actividades<sup>5</sup>. Además de algunos otros trabajos sobre la cuestión merece destacarse la *Antología de la literatura espiritual española* en cuatro volúmenes (1980-1985).

En el ámbito de los estudios literarios, de la historiografía, destaca la atención a Bartolomé José Gallardo (1776-1852), una de las figuras sobresalientes en el terreno literario durante la primera mitad del siglo XIX. Gallardo y su obra fue el tema de la tesis de doctorado de Sáinz Rodríguez, trabajo que se publicó en la *Revue Hispanique*, autor del que ya había publicado su *Juicio político del año 1834* en un folleto en 1919 —reeditado en la *Revista de Filosofía y Letras* al año siguiente— y sobre

4.- Aunque es bastante irrelevante, recojo la versión diferente que da Julio Escribano Hernández; tras copiar la noticia del propio Sáinz Rodríguez en sus memorias y que se cita en el texto, hace una referencia a «La primera edición del *Cancionero de Baena*, que le compró su padre por cinco pesetas» (Escribano Hernández, 2007: 13).

5.- Así lo cuenta Julio Escribano: «En el verano de 1927, Menéndez Pidal confiaba a Sáinz Rodríguez el proyecto de *Historia Literaria* y le pedía que se encargara de la redacción de unas seiscientas páginas, de quinientas palabras cada una, que pagaría la empresa editora a veinte pesetas la página. Los temas que debería desarrollar serían *El Renacimiento en España*, *La Literatura mística (1490-1685)* y *La crítica literaria en los siglos XIX y XX (1770-1930)*. Con estos estudios se pretendía renovar la *Historia literaria* cuanto fuera posible y ofrecer a un público no especializado una exposición de los temas tan densa en su contenido como clara y metódica en su expresión. Como los trabajos debían ser entregados entre el primero de enero y el uno de junio de 1930, Sáinz Rodríguez no se comprometió a redactarlos, debido a las muchas ocupaciones políticas e intelectuales que le absorbían en ese tiempo» (Escribano Hernández, 2007: 40-41).

el que seguirían varias otras publicaciones, como la edición de *Obras escogidas de Bartolomé José Gallardo* (1928), hasta llegar al libro *Gallardo y la crítica literaria de su tiempo* (1986), reedición de su tesis, y a la atención que se le dedica en el capítulo X de la *Historia de la crítica*.

Si Gallardo es una presencia muy continuada en la obra de nuestro historiador, la impronta decisiva, como ya se ha apuntado, es la de Marcelino Menéndez Pelayo, tanto por la lectura de sus publicaciones como por haber sido discípulo de Adolfo Bonilla y San Martín, que a su vez lo había sido del santanderino. Según cuenta en el citado *Testimonio y recuerdos*, «teniendo unos doce o trece años» Sáinz Rodríguez adquirió *La ciencia española* del polígrafo santanderino, como se le suele nombrar, y dice «me leí los tres tomos de un tirón» (Sáinz Rodríguez, 1978: 24b y 25a; dado que se habla de tres tomos, ha de ser la 3ª edición, de 1887-1888), experiencia de lectura que fue la toma de contacto con quien supuso para nuestro autor su modelo intelectual y de investigación e incluso en lo ideológico, a quien dedicó diversas publicaciones y conferencias. Sin ninguna duda la obra de Menéndez Pelayo supuso un antes y un después para los estudios literarios españoles. Pese a que su catolicismo e ideas conservadoras le llevaron a emitir juicios sobre algunas obras o autores que son puros prejuicios, el caso es que su labor, su labor verdaderamente descomunal, resultó decisiva para los estudios literarios.

Con todo, hay que destacar un hecho y es que Menéndez Pelayo fue una poderosa personalidad intelectual no muy acorde con el cientifismo filológico. José Portolés, en su fundamental *Medio siglo de Filología española* ha subrayado esto creo que de un modo muy esclarecedor citando frases del propio autor sobre su posición con respecto a la filología:

[...] las medianías han triunfado de tal modo que pasan hoy por glorias de Alemania y absorben la atención pública (antes concedida sólo a los sublimes metafísicos y a los poetas excelsos), los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los naturalistas al por menor, los gramáticos que estudian las formas de conjugación en tal o cual dialecto desconocido, y a ese tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, estimables, pero que no pasan, ni pueden pasar, de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo (*apud* Portolés, 1986: 23).

Pese a tales juicios —a los que no les falta parte de razón—, los estudiosos de la siguiente generación vendrían a imponer el triunfo de la filología, siendo uno de los artífices fundamentales uno de sus discípulos, Ramón Menéndez Pidal. Portolés acude a Dámaso Alonso para la caracterización de estas dos personalidades: para Alonso

«los genios de ambos Menéndez son contrarios, el de don Marcelino, “artístico y poético”, el de su discípulo, “pormenorizador, reflexivo, estrictamente científico”» (Portolés, 1986: 24). Lo que aquí importa señalar es que Sáinz Rodríguez al adoptar hacia 1920, cuando comienzan sus publicaciones, el modelo de Menéndez Pelayo y no el de la ciencia filológica estaba dando un paso hacia atrás, además de que no es equiparable con el maestro que le inspira en talla intelectual, o artística y poética para emplear la expresión de Alonso. Hacia 1920 he escrito, y es que la primera publicación de Sáinz Rodríguez es de 1916 —por cierto, con tan sólo dieciocho años—, de 1919 es la ya mencionada edición del *Juicio político* de Gallardo y de 1921 la publicación de su tesis sobre dicho autor, pero para ese momento estaban ya disponibles algunos de los trabajos importantes de Menéndez Pidal. Baste recordar que *La leyenda de los Infantes de Lara* es de 1896 y en 1895 se publicó su *Gramática y vocabulario del Poema del Cid*, por mencionar tan sólo un par de textos que son muestras de una filología española ya mayor de edad. Cuando Sáinz Rodríguez comienza sus publicaciones la investigación literaria en España había empezado a recorrer ya otros caminos, rigor y técnicas que él ya no siguió, y años después y en particular cuando se publique la *Historia de la crítica* este desacompasamiento con lo que era el clima general en la investigación literaria se hará más evidente.

Otro punto de contraste aclarará algo más su posición. Como he recordado más arriba, nuestro autor nació el mismo año que Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, con quienes, por cierto, mantuvo una buena amistad. Si acercamos la obra de Alonso, su coetáneo estricto, a la de Sáinz Rodríguez, las diferencias son evidentes: historiografía y bibliografía en éste y filología y estilística en aquél, de quien, por cierto, bien se puede decir que mostró en su tarea investigadora una potente vena poética y creadora, sin por ello dejar a un lado el rigor exigible. En cuanto al quehacer historiográfico de Sáinz Rodríguez es notable que está regido por las labores de documentación, la búsqueda en bibliotecas y otros lugares, la publicación de repertorios y bibliografías, etc., tareas sin duda necesarias y encomiables. Pero es el caso que sus trabajos, salvo los más antiguos, resultan más bien a contrapié cuando se los acerca a la situación coetánea de los estudios literarios en general y a los de la crítica literaria o la teoría en particular.

Ya se ha hecho referencia a Bartolomé José Gallardo y hay que volver sobre ello. La tesis de doctorado de Sáinz Rodríguez, leída a sus 22 años, lo que no era inusual en la época, se centró en esta figura y su obra como tema y tuvo su publicación, tal como ya se ha indicado. Mucho más tarde, en 1986, se editó en libro, sin modificaciones,

con el título de *Bartolomé José Gallardo y la crítica de su tiempo*. Unas pocas palabras sobre este trabajo creo que darán idea del modo de investigación de este historiador.

Dejando aparte unas páginas de «Advertencia preliminar», donde no falta la mención de la *Historia de las ideas estéticas en España* de Menéndez Pelayo, lo que el lector encuentra es una biografía de Gallardo que ocupa la mayor parte del estudio, casi ciento cincuenta páginas (pp. 14-150) de un total de 401, que es la última de las impresas del volumen. Se atiende allí a los orígenes de Gallardo, sus estudios, los avatares de su vida que no fueron pocos, incluyendo exilios, conspiraciones, la fundación de la sociedad secreta Caballeros Comunereros basada en el modelo de la francmasonería, sus amores, sus numerosas polémicas, los retos, el asunto de si robaba o no robaba libros y opúsculos de las bibliotecas por las que pasaba, etc.; una biografía que leída en clave de novela realista resulta bastante entretenida; si se quiere, una biografía vagamente intelectual, pero donde lo que predomina son los datos y pormenores de la peripecia vital y es verdad que la del personaje daba bastante de sí y donde parece que no se discrimina entre lo importante y lo secundario, como si se obedeciese a una ley que se podría formular como: si hay un dato, sea cual sea su significación, dese cuenta de él. El capítulo V, titulado por fin «La obra de Gallardo», no ocupa más que las páginas 151-176. Es decir, a la vida se dedican ciento treinta y seis páginas y a la obra, veintiséis, esto es, un espacio algo menor que una quinta parte que el que se concede a la biografía, lo que da idea de lo descompensado de la distribución y de cuáles eran los intereses y aspectos de lo literario que reclamaban la atención de nuestro investigador. Y para terminar este recuento las páginas 177-401 recogen toda una serie de apéndices documentales, donde de nuevo casi todo cabe, desde escritos de asuntos judiciales al pormenor de la iconografía de Gallardo, cartas, etc., y una minuciosa bibliografía tanto de textos del autor como secundaria. A la vista de estos datos, queda bastante clara, creo, la posición como investigador en literatura de Sáinz Rodríguez: su tarea fundamental fue la documentación, la erudición.

Desde el punto de vista de la teoría y del ideario intelectual del autor el interés se centra en el mencionado capítulo IV y es significativo que allí se nombra a Gallardo como «el gran bibliófilo». Copio el párrafo completo:

Nos interesa ahora cuál es la posición de Gallardo en este medio de la crítica erudita [expresión que se opone a «crítica militante»] de su tiempo. Las palabras del gran bibliófilo que sirven de epígrafe a este estudio indican bien claramente cuál es la representación que creo tiene Gallardo en la historia de la crítica española (Sáinz Rodríguez, 1986: 171).

Pues bien, vayamos a las palabras de tal epígrafe, tomadas de una carta de Gallardo: «Sobre todo en las respuestas que se sirva dar a mis impertinentes (quiero decir pesadas) preguntas: haga V. si es posible que carta cante ¡documentos, documentos!» (Sáinz Rodríguez, 1986: 3). A propósito de ellas escribe Sáinz Rodríguez: «¡Documentos, documentos! Esta frase del gran bibliófilo expresa muy bien todo su concepto de la investigación» (Sáinz Rodríguez, 1986: 172), lo que sin duda es cuestión básica y si recojo aquí estas palabras es porque no sólo servirían para caracterizar el quehacer de Gallardo, sino porque sirven también para retratar el del mismo Sáinz Rodríguez.

Gallardo, pues, fue un bibliófilo y no suponen mérito menor los trabajos de recopilación que llevó a cabo en un tiempo en que esa labor era absolutamente necesaria. Aunque no fue eso únicamente lo que se le debe, sino, como escribe Sáinz Rodríguez,

Esto aportó Gallardo a la crítica literaria. Él fue el más profundo conocedor de libros viejos de nuestra literatura y él desenterró autores totalmente ignorados hasta el punto de que, hoy mismo, con elementos por él reunidos, se hace la historia de nuestra literatura.

Gallardo enseñó a *hacer papeletas*, a investigar, en suma, a hombres como [Agustín] Durán y [Cayetano Alberto] de la Barrera, cuyas obras son unas de las bases principales sobre las que se ha edificado todo el edificio de nuestra moderna erudición. No hablemos de los bibliófilos, que siempre consideraron a D. Bartolomé, según frase de Menéndez y Pelayo, «como santón y maestro mayor del gremio» (Sáinz Rodríguez, 1986: 172).

Y para terminar con esto hay que advertir que no faltan algunas observaciones de interés, cierto que con otras que no lo son tanto, como son lo relativo al casticismo de Gallardo, su uso del término «romántico» ya en 1828, su singular sistema ortográfico, ciertas ideas filológicas en la edición de textos, la proximidad de Gallardo a las ideas de Nicolás Böhl de Faber sobre el teatro español y a Agustín Durán y a La Barrera, pero lo que parece hoy más relevante de todo ello es justamente lo que se expone en ese trabajo de manera más sucinta.

De 1927 es su *Introducción a la historia de la literatura mística en España*. Aunque por lo que he podido ver es un trabajo muy poco citado en los estudios modernos sobre la mística, hubo de ser en la fecha de su publicación un libro valioso. Con un importante despliegue bibliográfico traza un panorama universal de la mística, la de la India, la musulmana, la semítica y, por supuesto, la cristiana; entra en cuestiones teóricas, como es la psicología del místico, donde se incluye una referencia a Freud,

por ejemplo, lo que no era lectura muy común en aquellos momentos. Aunque centrado el trabajo en místicos españoles, este libro tiene una ambición más general y un planteamiento universal del fenómeno y eso, sin más, es un mérito del estudio de Sáinz Rodríguez.

Pero vayamos a la *Historia de la crítica literaria en España*. La publicación en 1989 es póstuma, el autor, como queda dicho más arriba, había muerto en 1986, con todas las precauciones que una publicación así exige; y, por otra parte, lo que sí importa subrayar es que el proyecto es muy antiguo y se remonta, como mínimo, a la redacción de la tesis de doctorado y su publicación en 1921, y así es como se hace constar al inicio. Durante todo ese lapso de tiempo, el autor fue publicando independientemente trabajos que pasarían a ser parte de la *Historia*, escritos, pues, en fechas muy diferentes, lo que quizá influye en la unidad global del libro. Hay alguna noticia más sobre ello; por ejemplo, al prologar en 1962 la recopilación de estudios titulada *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, se refiere a que algunos de los trabajos allí reunidos «son en realidad fragmentos de mi *Historia de la Crítica literaria en España*, cuyo plan o esquema general está trazado en mi discurso de ingreso en la Real Academia Española» (Sáinz Rodríguez, 1962: 29), según palabras ya citadas anteriormente. Convendrá aclarar que lo que dice en 1962 no se corresponde exactamente con los hechos posteriores. Como ya se ha señalado, el discurso de ingreso en la Real Academia trató sobre Cisneros y el texto al que hace referencia en la cita anterior es el que pronunció en el ingreso como académico de la *Historia*, como ya ha quedado anotado. Ha de verse en su condición de exiliado y, sobre todo, en sus actividades políticas durante años la razón de la demora y alteración de lo que fueran los planes de nuestro autor. En cualquier caso, lo que sí está claro es que la *Historia de la crítica* es un libro redactado en momentos muy diferentes a lo largo de muchos años.

Una cuestión inicial es que este libro *no es*, a pesar de lo que afirma el título, una *historia de la crítica literaria en España* y así lo deja advertido Fernando Lázaro Carreter en el prólogo. Amigo del autor desde décadas atrás, escribe Lázaro que «es una verdadera historia de la crítica literaria», pero inmediatamente añade: «Aunque, tal vez, conviniera más hablar de estudios literarios, porque trata de actividades que rebasan la crítica propiamente dicha» (Lázaro Carreter, 1989: 10). Y esto último es exacto, al menos si se atiende a la noción de crítica literaria en aquellos momentos y actual, como práctica diferente de la historiografía, de la teoría y de la literatura comparada. Muchos de los textos de los que se habla no tienen nada que ver con la

crítica y si resulta, por ejemplo, que se empieza hablando de Enrique de Villena y su *Arte de trovar*, conocida muy fragmentariamente, aunque el autor se ocupa de diversos asuntos, «crítica literaria» es un término engañoso para el lector contemporáneo y lo era ya en el momento de su publicación.

En efecto, Sáinz Rodríguez arranca de don Enrique de Aragón y Villena y su *Arte de trovar* o *Libro de la ciencia gaya*. El hecho es significativo porque, aunque, como ya he señalado, el pensamiento de Sáinz Rodríguez es continuación del de Menéndez Pelayo, no lo es sin algunos cambios. Si Menéndez Pelayo había hecho arrancar su *Historia de las ideas estéticas en España* de los que denomina «escritores hispano-romanos», Séneca, Quintiliano, Marcial, etc., con mucho mejor criterio Sáinz Rodríguez, si bien titula su trabajo con un calco sintáctico del gran estudio de su maestro, prescinde de esos supuestos autores hispano-romanos. Y sí que sigue al polígrafo, por ejemplo, en una pormenorizada atención a los tratadistas cristianos. Y, comenzando en Villena, la *Historia de la crítica* pone fin en Menéndez Pelayo, con lo que se da un cumplimento parcial y un tanto aplazado al encargo que años antes le había hecho Menéndez Pidal. Aunque no sea la única razón del más bien escaso interés que la publicación de esta historia ha venido suscitando, tengo para mí que el hecho de dejar fuera lo más reciente es una de ellas. En 1989, y ya antes y también después, los intereses en materia de teoría literaria en España, y no sólo, estaban mayoritariamente centrados en lo más próximo, en lo nuevo, si bien esa noción de lo nuevo no se reducía a lo más inmediato sino que —no sin motivos— se extendía a un período que se iniciaba con los formalistas rusos, la estilística y el *new criticism*, movimientos casi estrictamente coetáneos, y a todo lo posterior a ellos, es decir, a las propuestas que surgieron ya en el siglo XX. Adjetivos como «actual» y sus sinónimos o próximos se repiten en los títulos de las publicaciones de presentación de la teoría literaria durante años. La investigación de la historia había quedado cedida a los historiadores de la literatura.

No obstante separarse en lo arriba indicado de lo que había hecho su maestro en la *Historia de la crítica*, en el trabajo de Sáinz Rodríguez sobre Clarín de 1921, por ejemplo, no falta la idea de una españolidad que supera los límites de la cronología de España. Se lee allí que

Los krausistas españoles [...] están en cierto modo dentro de una fecunda tradición española y son, quizá, el último eslabón de una cadena de moralistas que arranca de Séneca y que ilumina con sus grandes resplandores las más grandes creaciones del genio de nuestra raza (Sáinz Rodríguez, 1962: 349).

Esa concepción de la historia de España que comienza antes de que existiera España, esa ideación puramente mítica, daría lugar tiempo después a las jocosas burlas de Juan Goytisolo en su *Don Julián (Revindicación del conde don Julián)*, (1970): el personaje de la novela, se cuenta, entra en la biblioteca y «devora el último ABC llegado de la capital: desde las esotéricas colaboraciones de los inmortales (Era andaluz uno de los Reyes Magos?)» y enseguida: «desde Indíbil, Séneca y Lucano hasta la pléyade luminosa de varones descubridores de la ancestral esencia histórica» (Goytisolo, 2005: 447 y 448), entre muchos otros fragmentos que se podrían citar.

El plan general del trabajo que interesa aquí responde a lo siguiente: noticia biográfica de los autores que en no pocas ocasiones da lugar a que el historiador se extienda en anécdotas variadas, y descripción de los textos con atención a los asuntos de que tratan. De estos numerosos casos en los que el autor se extiende en las cuestiones anecdóticas, puede dar idea el que, al presentar a Juan del Encina, del que comenta su *Arte de poesía castellana*, Sáinz Rodríguez escribe: «clérigo, músico y poeta, vivió en Roma donde parece que su vida fue bastante dispada, pues queda recuerdo en las letras de la época de una famosa orgía a la que asistió el poeta» (Sáinz Rodríguez, 1989: 31), o al hablar de Argote de Molina se acude para trazar un retrato de la personalidad del personaje al epitafio que dejó escrito para su sepulcro y lo copia completo, lo que ocupa prácticamente toda una página (Sáinz Rodríguez, 1989: 48-49). Parece como si el historiador no hubiera podido resistirse a incluir en su escrito todas las noticias que su labor de lector, y hubo de serlo infatigable, para decirlo con el tópico, había ido recopilando.

Atrae el interés el capítulo inicial. Con el título «Retórica e Historia» –texto que reproduce casi palabra por palabra el discurso de ingreso del autor en la Real Academia de la Historia en 1986, aunque, ya se ha advertido, redactado, o planeado al menos, bastantes años atrás– se expone allí cuál habría sido el trayecto no sólo de los estudios literarios sino de la literatura misma. Este itinerario dependería de un proceso que se pone en funcionamiento y se repite una y otra vez con el resultado de que «la historia de la literatura es la de las sucesivas rebeldías contra las formas autorizadas y prescritas» (Sáinz Rodríguez, 1989: 14). Estas formas autorizadas las hace derivar del siguiente desarrollo: surgida la reflexión sobre la literatura en Grecia en forma de análisis de las obras a modo «que el naturalista sigue en el estudio de la naturaleza», se deducen las reglas «que pueden servir de orientación y guía para la creación de obras semejantes en perfección y calidad estética» (Sáinz Rodríguez, 1989: 13). Eso da paso, o es ya, al imperio de los retóricos y sus tratados, entre ellos el de Aristóteles.

Al explicarse la obra literaria como una imitación de la naturaleza, surge, como si se tratase de una consecuencia lógica, la idea de que el camino normal para producir obras semejantes es la imitación de los autores considerados más perfectos y que se proponen como modelos (Sáinz Rodríguez, 1989: 13-14), de ahí el preceptismo literario.

El quid estaría, pues, en ese desplazamiento de la noción de mimesis: de mimesis de la naturaleza a mimesis de las obras que se tienen por admirables. Y es a esta fuerza a la que se opondrán en diversos momentos de la historia los gestos reiterados de rebeldía a tales normas. Tomando el punto de arranque en lo medieval, Sáinz Rodríguez señala cómo la destrucción del mundo clásico con la caída del Imperio Romano hizo que las literaturas medievales se desarrollasen al margen de las teorías y preceptos clásicos y serán los retóricos renacentistas, los humanistas, quienes recuperarán el legado antiguo ignorando lo medieval. Esa misma actitud, la de la normatividad, será la de los neoclasicistas, lo que implicará las polémicas y el juicio sumarisimo de no pocos sobre el teatro español del siglo de Oro, en sus palabras, «sobre los Autos de Calderón, el teatro, la poesía religiosa y, en general, el arte nacional» (Sáinz Rodríguez, 1989: 15; la cursiva es mía).

La literatura española –y toma aquí apoyo en E. R. Curtius– tiene como marca «el carácter de permanencia del elemento medieval en toda su evolución histórica» (Sáinz Rodríguez, 1989: 15) y es así como «las oleadas de italianismo» de los siglos XV y XVI «nunca afectaron a las *esencias españolas*» (Sáinz Rodríguez, 1989: 15-16; la cursiva es mía) para decirlo con su propia expresión, donde queda expresa la idea de una esencialidad española, idea que ha de tenerse por herencia directa de Menéndez Pelayo, quien en su *Historia de las ideas estéticas*, por ejemplo, al hablar de «los retóricos y preceptistas españoles que florecieron en el primer siglo del Imperio romano» hace referencia a «las cualidades nativas de aquellos retóricos, derivadas en gran parte de propensiones del ingenio español» (Menéndez Pelayo, 1940: I, 193), sin dejar caer en ningún momento ni la menor duda sobre tales cualidades derivadas, aunque sólo sea en parte, del ingenio español. Un ingenio español que se habría puesto de manifiesto siglos antes de que España se construyese como nación. Las *esencias* la precedían.

Se pone de manifiesto en lo anterior el nacionalismo que da pulso a los trabajos de Sáinz Rodríguez y que es consecuencia, como ha quedado dicho, de la devoción por Menéndez Pelayo y que, aunque quizá matizado, se transparenta también en trabajos de Ramón Menéndez Pidal y tantos otros y que, en último término, es producto de

la noción de *Volksgeist* del ideario romántico. Hay un espíritu de los pueblos que se manifiesta en sus expresiones, la literatura, las artes, el folklore, etc., en el *genio* y que con origen en Herder y divulgado por los Schlegel ha tenido una larga vida y todavía late en tantos. Todo producto cultural no es más que la expresión del espíritu nacional del que surge. Del que surge y al que expresa y, por tanto, acaba dándole forma en un itinerario circular que se nutre de sí mismo. Latía en Menéndez Pelayo, por supuesto, y de tal modo que está en el origen y razón de su proyecto intelectual. El mismo Sáinz Rodríguez lo expresa así en diversos lugares. En el prólogo a *Evolución de las ideas sobre la decadencia española* explica cómo la realización de *La ciencia española* y la *Historia de los heterodoxos españoles* responden al impulso de refutar la tesis de la incapacidad española para la ciencia y cómo «nuestra carencia de ciencia y nuestra decadencia nacional habían nacido de la intolerancia [religiosa] y del hecho de haber puesto nuestro poderío al servicio y defensa de la supervivencia histórica de la unidad de la Cristiandad» (Sáinz Rodríguez, 1962: 18). Una similar posición ideológica inspira los trabajos de nuestro historiador. Un ejemplo clarificador: en su escrito de 1921 sobre Clarín, antes citado, menciona el éxito del pensamiento krausista en España y escribe:

No es ocasión ésta de explicar las causas de que el krausismo arraigase en España con más profundidad que en ningún país europeo. ¿Coincidencia con las tradiciones éticas de nuestro pensamiento? ¿Por su armonismo tan agradable al *genio práctico de nuestra raza*? (Sáinz Rodríguez, 1962: 346-7; las cursivas son mías).<sup>6</sup>

En ese mismo trabajo, el penúltimo párrafo no es menos elocuente:

Hoy el europeísmo dejó de ser algo excepcional, que sólo servía para poner censuras en los labios de los pedantes. Debemos sentirnos asimilados a la corriente universal de la civilización; pero debemos oír esas voces que proceden de campos tan opuestos y trabajar siempre con la vista puesta en un fin elevado y noble: la formación de una conciencia nacional para nuestro pueblo (Sáinz Rodríguez, 1962: 407-8).

6.- Lo que se lee a continuación no es de escaso interés: «Ya observó Menéndez Pelayo que la estética se nutría o de las horribas fórmulas de Krause, o de las pasmarotadas sentimentales del P. Yungmann» (Sáinz Rodríguez, 1962: 347). Al respecto, véase lo que el santanderino escribió en su *Historia de las ideas estéticas en España* sobre uno y otro autor. Ahí queda a la vista el menendezpelayismo de nuestro autor, éste como aquél no es ya que se opongan al ideario krausista, sino que utilizan expresiones más que singulares. La palabra «pasmartada», por cierto, más bien rara en el discurso de la investigación, la encontrará el lector paciente en Menéndez Pelayo. La diferencia entre el maestro y el discípulo estriba en que aquél supo hacer, como escribió con toda razón Juan Goytisolo, un «manejo certero de la sátira y la ironía». En efecto, Goytisolo, que supo aprovechar los textos del polígrafo por antonomasia en su *Don Julián*, dejó en una nota de su «Literatura y eutanasia» ese reconocimiento y, entre los ejemplos que menciona, no falta lo que se lee en *Historia de los heterodoxos españoles* referente al krausismo y a Sanz del Río (Goytisolo, 2001: 89, n. 7). Y es verdad que hay páginas de Menéndez Pelayo en cualquiera de sus dos trabajos historiográficos mayores que resultan hilarantes, independientemente del juicio intelectual que merezcan. No sucede lo mismo en la *Historia de la crítica en España*.

Tal ideario, que nuestro historiador tendría ocasión de plasmar en la legislación educativa en su etapa como ministro, de lo que ya he hecho mención, explica bien, por ejemplo, su interés por Forner, a quien en un trabajo de 1925 califica de «tan españolista» (Sáinz Rodríguez, 1962: 279) y en la *Historia de la crítica* se refiere a él como «verdadero paladín, fervoroso patriota, defensor de la cultura española» (Sáinz Rodríguez, 1989: 132). Otra muestra más de lo mismo es que al presentar a Andrés Schott escribe:

El padre Andrés Schott (1552-1629) nació en Amberes; fue profesor de retórica en Lovaina y de griego en Salamanca y Zaragoza. A pesar de haber nacido en Amberes, era de un patriotismo español verdaderamente apasionado, pues cuando andaba en dudas la posibilidad de perderse o ganarse Amberes, hizo el voto de entrar en religión si se conservaba para España. Así lo hizo en 1587 (Sáinz Rodríguez, 1989: 62).

Llama la atención el que si, por una parte, la ideología conservadora y católica, ese patriotismo, para emplear su propia expresión, no se hace presente de modo tan feroz como se manifiesta en Menéndez Pelayo, sí que se muestra de manera muy clara en numerosos pasajes, por otra, las simpatías del autor en materia literaria se decantan por quienes prefieren la rebeldía ante las normas y abundan los juicios severos sobre quienes se inclinan por ideales clasicistas o neoclasicistas, tal como muestran estas líneas:

[...] los humanistas que conocen la antigüedad, no directamente, sino a través del molde latino, muestran mayor intolerancia, y finalmente, los retóricos de fines del siglo XVIII y principios del XIX (por ejemplo, Hermosilla) llevan a su colmo la intolerancia y la estrechez de doctrina (Sáinz Rodríguez, 1989: 20).

Titulándose *Historia de la crítica literaria en España* el estudio tiene como eje vertebrador no sólo el relato cronológico de los hechos, en este caso, textos, sino la aparición y constitución del sentido histórico en los estudios literarios. Desde un ambiente intelectual en el que en lo literario imperaba la retórica Sáinz Rodríguez persigue la configuración del enfoque histórico y lo subraya allí donde lo encuentra, un sentido histórico de los estudios literarios que encuentra su primera manifestación en la *Carta o Proemio* del Marqués de Santillana y que llega a su plenitud en Marcelino Menéndez Pelayo.

Como ya ha quedado dicho, la *Historia de la crítica* termina con un extenso capítulo dedicado al mencionado Menéndez Pelayo, un Menéndez Pelayo que, si en algunos de sus textos había puesto en duda la noción del espíritu nacional, acabó por aceptar, escribe el historiador, «plenamente la idea del genio nacional o de la raza» (Sáinz



Rodríguez, 1989: 272), ese genio, esa esencia, esa raza, que tendría su expresión en la ciencia y que «también se manifiesta en los demás campos de las creaciones del espíritu, tales como la literatura y las artes» (Sáinz Rodríguez, 1989: 275). El capítulo en cuestión se construye como un auténtico panegírico de Menéndez Pelayo y no puede ponerse en duda que acumuló méritos, pero resulta bastante llamativo que, publicado el libro en 1989, se le proponga como el gran modelo de la investigación en literatura, lo que supone estar de espaldas a casi todo lo que había venido sucediendo en el campo literario hasta esa fecha –más bien habrá que decir que hasta 1986, año del fallecimiento del autor–.

En relación con eso, la *Historia de la crítica* produce una cierta sorpresa en el lector que no se puede dejar de mencionar. Cada uno de los capítulos lleva aparejada una sección bibliográfica específica. Pues bien, el capítulo I, el de mayor alcance teórico y que en síntesis expone el planteamiento general, tiene como complemento una bibliografía en la que casi ninguna, por decirlo así, de las publicaciones que figuran en ella guarda relación con lo que se dice en el texto. Se consignan allí libros de Adorno, de Barthes, de Della Volpe, *El formalismo ruso* de Víctor Erlich, *El hombre y lo absoluto* de Lucien Goldmann, *La structure du texte artistique* de Juri Lotman, *Théorie du roman* de George Lukács o, en fin, *¿Qué es la literatura?* de Jean-Paul Sartre, junto a otros títulos de autores españoles como Amado Alonso, Dámaso Alonso, José María Castellet –su *Literatura, ideología y política*–, Antonio García Berrio –*Significado actual del formalismo ruso*– o Juan Carlos Rodríguez –*Teoría e historia de la producción ideológica*–, por mencionar tan sólo unos pocos. Marxistas, formalistas, estilistas, estructuralistas, etc., muchos de los autores mayores de la crítica y la teoría de aquellos años, incluido, por ejemplo, el *Critique et vérité* de Roland Barthes, que es ya un texto postestructuralista, figuran en la bibliografía sin que haya ni una sola cita a ninguno de ellos y ni siquiera el lector encuentra huellas de ellos en las páginas de Sáinz Rodríguez. Con todo, ahí están y ello habla de la faceta de bibliotecario, de bibliófilo, de erudito, de nuestro autor que tanto pesa en su actividad de historiador. De todos modos, si se pretendió con tal bibliografía dar un aire de actualidad al volumen como si se quisiera ofrecer lo entonces significativo, hay que decir que el estudioso de la literatura de aquel momento había de notar muy importantes ausencias en el elenco teórico.

Por otro lado, las bibliografías de los restantes capítulos no dejan de resultar insatisfactorias y la razón de todo esto es que, como ya se ha advertido anteriormente, la *Historia de la crítica literaria en España* se fue escribiendo desde muchos años antes

y hubiese requerido por parte del autor una profunda revisión general y recuérdese que la publicación fue póstuma. Con buen criterio, el trabajo de Sáinz Rodríguez se completó con un «Apéndice bibliográfico» a cargo de Ángel Abuín, que, en efecto, actúa como complemento.

Hay que decir también que, si bien no se trata de una historia de la crítica, y sí de una historia de los estudios literarios, como bien corrige Lázaro Carreter, tampoco en cuanto tal resulta demasiado satisfactoria. El ideario nacionalista que, aunque mitigado con respecto a otros trabajos del autor, se respira por sus páginas es una de las razones. Otra, el ya mencionado gusto por la atención a lo anecdótico y una cierta falta de profundidad teórica general, máxime en una publicación de 1989, cuando la teoría había conocido ya un extraordinario desarrollo, claro que la formación del historiador, ya anticuada, y que su modelo fuera Menéndez Pelayo dan razón de ello. Con todo, es notable el gran número de escritos que Sáinz Rodríguez maneja, extracta y comenta, su enorme capacidad de lectura, lo que convierte a la *Historia de la crítica literaria en España* en un auxiliar de no poca ayuda para quien pretenda llevar a cabo ese todavía hoy inexistente trabajo\*.

\* El presente trabajo, bien que en una forma oral y resumida, se presentó en el IX Seminario «Pensamiento literario español del siglo XX», celebrado del 27 al 29 de octubre de 2011. Con posterioridad a su redacción se han publicado algunos trabajos que aprovecho ahora poniéndolos en relación con algo de lo que se dice en el texto.

En cuanto a mi observación de que la *Historia de la crítica literaria en España* me parecía libro poco leído y citado, encuentro la confirmación en la *Historia de la literatura española* dirigida por José-Carlos Mainer. En el volumen 8, *Las ideas literarias* (José María Pozuelo Yvancos, dir., Barcelona, Crítica, 2011), salvo error u omisión, tan sólo hallo dos referencias en los textos propiamente dichos, otras dos en los que preceden a las bibliografías de lo medieval, ss. XVI-XVII y XVIII y la inclusión en las bibliografías de los capítulos dedicados a la Edad Media y al siglo XIX. Las menciones de Sáinz Rodríguez son bien como intérprete del pensamiento de Menéndez Pelayo, bien para señalar que su *Historia de la crítica literaria en España* añade poco a lo tratado por aquél en su *Historia de las ideas estéticas* –«poco más añadía Pedro Sáinz Rodríguez» (803)–, bien para decir que algunos de sus estudios complementan lo ya escrito por Menéndez Pelayo –«se podía complementar con los trabajos de Pedro Sáinz Rodríguez realizados fundamentalmente en los años veinte y reunidos en su *Historia de la crítica literaria en España*» (814)–. Siendo que es el único precedente del citado volumen, la atención que se le presta es escasa. En el mismo, Gonzalo Pontón anota que la publicación del libro de Sáinz Rodríguez fue «por iniciativa de Fernando Lázaro Carreter» (814).

Lo relativo a su actividad política como ministro del general Franco está tratado por José Ramón López Bausela en su *La contrarrevolución pedagógica en el franquismo de guerra. El proyecto político de Pedro Sáinz Rodríguez* (pról. M. de Puellas Benítez, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011) de un modo más riguroso y crítico que en las publicaciones anteriores que lo han abordado.

También en 2011 se ha publicado *Historia viva en las cartas de Pedro Sáinz Rodríguez* (pról. L. M.\* Anson, Madrid, La esfera de los libros), recopilación de cartas entre 1916 y 1986. Dado que he aludido en el texto a su amistad con Dámaso Alonso, aquí queda constancia de ella en varias ocasiones. Llama la atención que sólo a él (439, 458, 467 y 495), a Ernesto Giménez Caballero (p. 500) y a Gerardo Diego –la carta a éste en el *Epistolario* citado en la bibliografía (Escribano Hernández, 2007: 165)– les tutea. Esto aparte, se da noticia en varias cartas de la larga gestación de la *Historia de la crítica*. En 1939 escribe a Jesús Marañón «estoy muy atareado con la redacción de mi discurso en la Real Academia Española» (219), aunque no se precisa si se refiere al que resultó ser finalmente o al de su ingreso en la de la Historia; en 1954 en carta a Menéndez Pidal se lee «estoy trabajando en una historia de la crítica literaria que tengo muy avanzada. El método que sigo en ella es la exposición cronológica y por especialidades. En algunos casos, imitando lo que hizo Wolf

**Referencias bibliográficas**

- Alted Vigil, A. (1984): *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*. Pról. J. Tusell. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Claret Miranda, J. (2006): *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Pról. J. Fontana. Barcelona, Crítica.
- Escribano Hernández, J. (1998): *Pedro Sáinz Rodríguez, de la monarquía a la república*. Madrid, Fundación Universitaria Española.
- , ed. (2007): *Epistolario de Pedro Sáinz Rodríguez: vol. I (1916-1930)*. Pról. J. E. H. Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Goytísolo, J. (2001): *El furgón de cola*. Barcelona, Seix Barral [1967].
- (2005): *Don Julián*, en *Obras completas*, III. Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de lectores [1970].
- Homenaje (1986): *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 4 vols.
- Lázaro Carreter, F. (1989): «Prólogo», en Sáinz Rodríguez (1989), pp. 9-12.
- Menéndez Pelayo, M. (1940): *Historia de las ideas estéticas en España*. Santander, CSIC, 5 vols [1883-89].
- Portolés, J. (1986): *Medio siglo de Filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*. Madrid, Cátedra.
- Sáinz Rodríguez, P. (1962): *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*. Madrid, Rialp.
- (1978): *Testimonio y recuerdos*. Barcelona, Planeta.
- (1986): *Bartolomé J. Gallardo y la crítica de su tiempo*. Madrid, Fundación Universitaria Española.

en su *Historia de la filosofía medieval*, interrumpo la exposición cronológica y de autores para estudiar la evolución de la crítica ante un problema concreto o un género» (368); allí mismo le escribe cómo no entiende su labor como herencia de la Menéndez Pelayo: «He leído la interview que le hizo a Vd. César González Ruano y sus preguntas constantes sobre Menéndez Pelayo. Como la gente es muy ignorante he deducido de esto que en la mente de muchos está usted encuadrado como un discípulo de don Marcelino, y si esto es cierto a nadie mejor que a usted lo ha declarado generosamente, la realidad es que en una Historia de la crítica literaria o de la erudición científica en España, la personalidad de usted no puede explicarse históricamente como originada exclusivamente por la escuela de Menéndez Pelayo» (368); unos años más tarde, en 1956, menciona en carta a José María Chacón y Calvo «mi nonata Historia de la crítica literaria» (388), lo que no permite deducir si estaba ya terminada.

Finalmente, como eco de la cuestión del robo o no de libros por parte de Gallardo y no sé si contagiado del interés de nuestro autor por las anécdotas, remito a la que cuenta Luis María Anson en «Las cartas de Sainz Rodríguez» (*El Cultural*, 9 de diciembre de 2011: 3), que concluye con las siguientes palabras del historiador: «Por otra parte, querido Anson, no se fie usted nunca de los amigos que devuelven los libros prestados. Son gente rara en los que no se puede tener confianza».

- (1989): *Historia de la crítica literaria en España*. Pról. F. Lázaro Carreter. Madrid, Taurus.